



*Hay días, Bilbao,  
en los que todo me parece ¡al fin! maravilloso,  
cuando el sol te despierta como a un niño rebelde,  
con su alegre cara sucia,  
tus manos sucias pringadas de trabajo,  
tus legañas brillantes de agria madrugada,  
tus finos pies de acero,  
o cuando la lluvia vence  
tu orgullo de metal,  
tu alma irreductible de guerrero  
sobre un charco de brillos en la acera.*

*Pero es tiempo, ya, Bilbao,  
de dar vuelta a los bolsillos,  
de meditar un poco  
—con todas esas cosas  
adornando el mantel de sobremesa  
cuando sólo queda un sorbo de mal vino  
y un principio de sueño y de ceniza—*

*Es tiempo ya de averiguar como pasaste  
de niño alegre de provincias  
a monstruo comemierdas, comequentes, comevidas;  
por qué oscura razón te crecieron las uñas  
y te brotó ese quister de amargor,  
este vacío miedo que cercena tu esencia.*

*Por qué se ahoga el aire adivinando espacios,  
respirando el polvo del penúltimo derribo.  
Es tiempo ya — ¿no te das cuenta?—  
de preguntarse, de rascarte las llagas  
que el tiempo ha roturado  
como a un perro viejo y solitario,  
más por abandono y por pereza,  
que por saña rabiosa  
o siniestra malicia.*

*Ahora tu tristeza  
entiende la derrota,  
incluye un poso de ácida resaca.*

*Es tiempo ahora de avanzar, como a brincos,  
arrancando espinas de tu salada costra,  
espinas de abandono,  
de herrumbre acumulada.*

*Tiempo de hacerte, de vivirte,  
de apuntalar las células que aguantan  
y darte aire al aire,  
respirar contigo ese húmedo norte,  
esa fina lluvia que espabila.*

*Es hora ya de aventar entre todos  
el cálido aliento de la vida  
para que avance el ogro  
y se haga humano.*

*Roberto Albandoz*